

La FIABILIDAD del
TESTIMONIO DE LOS APÓSTASTAS
ACERCA DE LOS NUEVOS
MOVIMIENTOS RELIGIOSOS

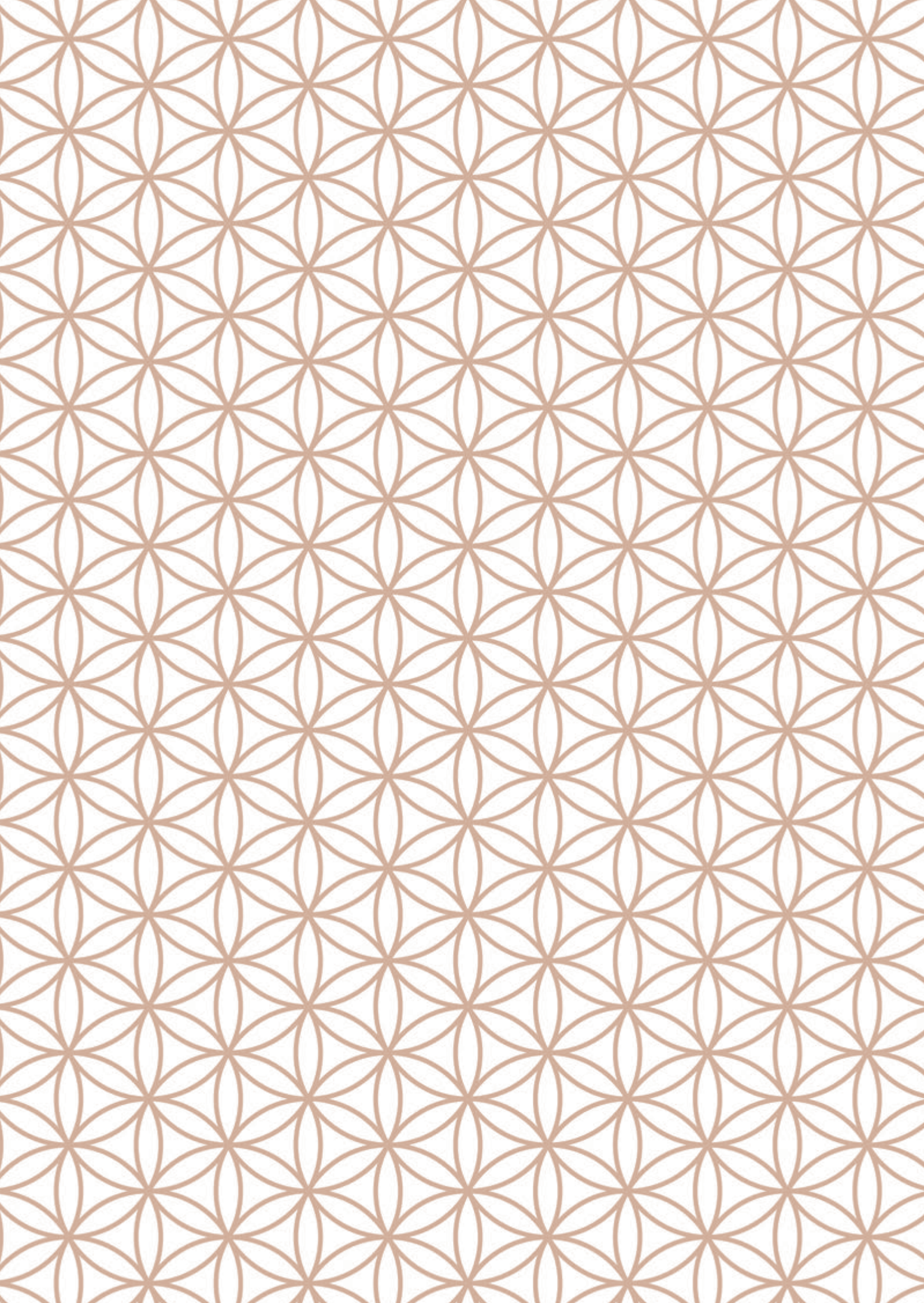
Lonnie D. Kliever, Ph. D.
Profesor de estudios religiosos
Universidad Metodista del Sur
Dallas, Texas
24 de enero de 1995

La FIABILIDAD del
TESTIMONIO DE LOS APÓSTASTAS
ACERCA DE LOS NUEVOS
MOVIMIENTOS RELIGIOSOS

LA FIABILIDAD DEL TESTIMONIO DE LOS APÓSTASTAS
ACERCA DE LOS NUEVOS MOVIMIENTOS RELIGIOSOS

ÍNDICE

| | | |
|------|--|---|
| I. | Credenciales académicas | 1 |
| II. | Asignación | 2 |
| III. | La apostasía en el pasado | 3 |
| | III.I. La apostasía en el judaísmo helenístico | 4 |
| | III.II. La apostasía en las religiones paganas | 4 |
| | III.III. La apostasía en la Iglesia cristiana | 4 |
| IV. | La apostasía en el presente | 6 |
| | IV.I. Tipos de partida | 7 |
| | IV.II. Tácticas de reingreso | 9 |
| V. | Conclusiones | 9 |



Doctor Lonnie D. Kliever,
Profesor de estudios religiosos
Universidad Metodista del Sur
Dallas, Texas
24 de enero de 1995

La FIABILIDAD del
TESTIMONIO DE LOS APÓSTASTAS
ACERCA DE LOS NUEVOS
MOVIMIENTOS RELIGIOSOS

I.
CREDENCIALES ACADÉMICAS

Recibí mi diplomatura *magna cum laude* en psicología de la Universidad de Hardin-Simmons en 1955. Terminé el master en teología *cum laude* en la Union Theological Seminary de Nueva York en 1959. Recibí un Doctorado en Religión y Filosofía de la Universidad Duke en 1963.

Anteriormente, he sido miembro de la facultad a tiempo completo en el Departamento de Filosofía en la Universidad de Texas en El Paso desde 1962-65, llegando a ser nombrado Profesor Adjunto en el Departamento de Religión de la Universidad de Trinity en San Antonio desde 1965-69, en el departamento de Estudios Religiosos en la Universidad de Windsor en Ontario, Canadá, desde 1969-75, alcanzando el grado de Profesor. Desde 1973, he sido Profesor de estudios religiosos en la Universidad Metodista del Sur, sirviendo como Presidente del Departamento de Estudios Religiosos desde 1975 hasta 1986, y desde 1993 hasta la actualidad.

Desde hace mucho tiempo, he sido miembro activo de la Asociación Americana de Profesores Universitarios, la Academia Americana de Religión, la Sociedad para el Estudio Científico de la Religión, la Sociedad Teológica Americana, la Sociedad Canadiense para el Estudio de la Religión, la Sociedad Teológica Canadiense, el Consejo para el Estudio de la Religión, y he ocupado cargos nacionales, he presidido comités profesionales y he prestado servicio en consejos editoriales en la mayoría de estas sociedades profesionales.

Soy un filósofo de la religión y la cultura con competencia especial en las religiones de la época moderna. Como tal, me interesan sobre todo las formas cambiantes de las creencias y prácticas religiosas, tanto en los movimientos religiosos tradicionales como en los nuevos, según estas religiones antiguas y nuevas responden a los retos y cambios de la vida moderna. Enseño de modo regular una variedad de cursos a niveles de grado y postgrado en el estudio comparativo, filosófico y científico social de la religión en la Universidad Metodista del Sur. También llevo a cabo un programa constante de investigación y publicación en mi área de especialización, y he publicado cinco libros sobre el pensamiento religioso moderno titulados: *El cristianismo radical* (1968), *H. Richard Niebuhr* (1977), *El espectro destrozado* (1981), *El terrible manso: ensayos sobre religión y revolución* (1987), y *El caso de Dax: ensayos en ética médica y el significado humano* (1989), al igual que numerosos artículos en publicaciones eruditas punteras tales como *La revista teológica de Harvard*, *El boletín de la religión*, *El boletín de la academia americana de la religión*, *Estudios sobre religión*, *La religión en la vida*, *La revista de estudios religiosos*, y *El boletín para el estudio científico de la religión*.

Como especialista en religiones modernas, he llevado a cabo un extenso estudio erudito sobre la Iglesia de Scientology. He leído la mayor parte de los principales textos teóricos escritos y publicados por L. Ronald Hubbard, he estudiado muchos de los boletines técnicos y administrativos preparados por el señor Hubbard y por los funcionarios administrativos y eclesiásticos de la Iglesia, y he examinado ejemplos representativos de los manuales de entrenamiento usados por maestros y estudiantes en los diversos cursos ofrecidos por la Iglesia. También he leído una variedad de estudios periodísticos y eruditos sobre la Iglesia de Scientology. Además, he hablado con scientologists practicantes, y he visitado su Iglesia en la Calle 46 y el Centro de Celebridades en la Calle 82 en la Ciudad de Nueva York, su Organización de Servicio de Flag en Clearwater, Florida y su Centro de Celebridades en Dallas.

II. ASIGNACIÓN

La Iglesia de Scientology me ha pedido que emita mi opinión experta sobre dos amplios temas: (1) La incidencia de la apostasía en los nuevos movimientos religiosos y (2) La fiabilidad de los testimonios de los apóstatas sobre sus antiguas creencias y prácticas religiosas. Estos dos temas son de vital importancia para entender debidamente a los nuevos movimientos religiosos, ya que a tales apóstatas a menudo se les considera como informadores fiables acerca de sus antiguas creencias y prácticas en revelaciones a los medios de comunicación, e incluso en estudios eruditos sobre los movimientos religiosos no tradicionales. Es más, un número limitado de apóstatas han entablado demandas por daños y perjuicios, acusando de diversas formas a sus antiguas comunidades religiosas de prácticas engañosas y dolosas o sufrimiento físico y emocional. Por

otra parte, estos litigantes individuales a menudo han servido como testigos expertos en otros procesos entablados contra las nuevas religiones, bien por agencias gubernamentales o por disidentes hostiles.

La especial atención prestada por los medios de comunicación a los apóstatas de nuevos movimientos religiosos y su recurso a los tribunales por supuestos daños y perjuicios sufridos a manos de su antiguo grupo religioso implican un cambio profundo en la actitud pública en este siglo hacia los apóstatas y el trato a los mismos. En el pasado, a los apóstatas se les condenaba rotundamente por abandonar su fe. De hecho, la acción punitiva tomada contra el apóstata por el grupo religioso rechazado era a menudo reforzada por el poder del estado. En contraste, en años recientes, es más probable que el apóstata tome acción punitiva contra el grupo religioso, a veces con el apoyo de la ley. Los apóstatas de nuevos movimientos religiosos a menudo se les considera víctimas en vez de renegados en virtud de los relatos fuertemente negativos que cuentan acerca de su pasado religioso. Pero queda pendiente la pregunta de si estos testimonios de apóstatas son informes fiables sobre sus pasadas asociaciones y actividades religiosas.

El interés especial de la Iglesia de Scientology en el asunto de la fiabilidad de los apóstatas se basa en el hecho de que ha sido blanco de las “revelaciones” de los apóstatas en los medios de comunicación y litigios civiles. Como adelanto de la plena discusión que sigue, estoy convencido, por motivo de mi propio entrenamiento profesional e investigación erudita, que el apóstata no debería aceptarse *ciegamente* por los medios de comunicación, la comunidad de eruditos, el sistema legal o las agencias de gobierno como una fuente fiable de información sobre los nuevos movimientos religiosos. Al apóstata siempre se le debe considerar como un individuo predispuesto a dar un testimonio sesgado sobre las creencias y prácticas religiosas de sus anteriores asociaciones y actividades religiosas.

III. LA APOSTASÍA EN EL PASADO

La palabra “apostasía” es una transliteración de la palabra griega *apostasia*, que originalmente significaba insurrección o secesión. Su uso religioso significa el abandono deliberado de la propia religión. La apostasía está relacionada muy de cerca con la herejía, en donde el rechazo de creencias y prácticas ortodoxas en favor de las heterodoxas dentro de una determinada religión es considerado como una negación categórica de la verdadera religión. Como tal, la apostasía debe entenderse como un evento público más que privado. La apostasía no es cuestión de dudas religiosas privadas o prácticas religiosas abandonadas. La apostasía es una renuncia y condena públicas de las antiguas creencias y prácticas religiosas de uno. El apóstata a menudo abandona una religión por otra, pero puede renunciar por completo a la religión.

III.I. LA APOSTASÍA EN EL JUDAÍSMO HELENÍSTICO

La Biblia hebrea condena con fuerza la apostasía nacional de los antiguos israelitas, quienes una y otra vez retornaron a la religión y cultura politeísta de la cual habían surgido. Pero los primeros actos de apostasía individual ocurrieron durante el reino de Antíoco Epífanes (175-164 a.c.), cuando este emperador pagano obligó a muchos judíos a renunciar a su culto a Dios en favor de los dioses griegos. Una pasión por la cultura helenística se infiltró profundamente en la religión y la cultura judía hasta la Revuelta de los Macabeos, la cual logró restaurar la Ley Judía y el nacionalismo judío. La apostasía esporádica continuó, pero tal abandono de la Ley Judía recibía la más dura condena dentro de la comunidad judía.

Bajo el dominio romano posterior, a los judíos se les permitió practicar su religión libremente bajo el gobierno político nominal de una tetrarquía judía. Los movimientos sectarios prosperaron durante esta época, siendo ninguno más fuerte que el movimiento cristiano, que finalmente se separó totalmente del judaísmo. Los sectarios y los cristianos fueron condenados como apóstatas. Además, tal apostasía fue condenada tanto en el sentido político como el religioso, ya que entre los judíos, la religión y la ciudadanía estaban unidas. La apostasía era considerada como un crimen contra el estado, al igual que un pecado contra Dios. Al apóstata se le negaba tanto la salvación como la ciudadanía.

III.II. LA APOSTASÍA EN LAS RELIGIONES PAGANAS

En general, la idea de la exclusividad era ajena a las religiones griegas y romanas, dada su naturaleza politeísta. Los cultos paganos no expulsaban a los miembros que se adherían a tradiciones religiosas o círculos filosóficos rivales. Pero a menudo los dioses de las religiones paganas eran reconocidos oficialmente por las autoridades cívicas e identificados con el bienestar del estado. En tales casos, el abandono de religiones aprobadas políticamente era objeto de crítica pública e incluso de persecución auspiciada por el estado. En el Oriente Griego, a los cristianos se les acusó de ateísmo porque rechazaban a los dioses del pueblo. En el Occidente Latino, a los cristianos se les acusó de abandonar la religión de sus antepasados. Bajo ambos cargos, los primeros cristianos que rehusaban presentar sus respetos a los dioses cívicos eran condenados y a menudo perseguidos por insurrección contra el estado. En resumen, la apostasía se convirtió en un problema para la sociedad pagana solo cuando se rechazaban sus costumbres ancestrales o sus dioses cívicos.

III.III. LA APOSTASÍA EN LA IGLESIA CRISTIANA

Muchos de los primeros conversos judíos y paganos al cristianismo seguían observando la ley ritual judía o participaban en festivales religiosos paganos. Al principio, la persistencia de las viejas costumbres religiosas no era considerada como apostasía. La apostasía solo se convirtió

en un tema bien definido cuando la iglesia cristiana se hubo separado ella misma de las formas judías y gnósticas del cristianismo. Ya en el Nuevo Testamento, la apostasía se asocia con los falsos maestros y profetas, cuya aparición indicará el fin apocalíptico de la época. En los primeros siglos, la apostasía era más que nada un problema interno, al separarse el cristianismo ortodoxo de los movimientos heréticos y cismáticos. Pero con la conversión de Constantino, la apostasía se convirtió en una ofensa civil punible por la ley. Así comenzaron más de mil años de cooperación mutua entre la Iglesia y el Estado. El estado usaba el poder de la espada para proteger a la Iglesia contra la apostasía, y la Iglesia usaba el poder de las escrituras para proteger al Estado contra la insurrección. A los apóstatas se les privaba de sus derechos, tanto civiles como religiosos.

El abierto abandono del cristianismo era raro donde los lazos entre la Iglesia y el Estado eran firmes, pero hasta a los movimientos apóstatas secretos se les suprimía activamente. La tortura se usaba libremente para extraer confesiones y propiciar retractaciones. Los apóstatas y los cismáticos eran excomulgados de la Iglesia y perseguidos por el Estado.

La apostasía a gran escala también tuvo lugar en la historia cristiana. El llamado “Gran Cisma” entre la ortodoxia oriental y el catolicismo occidental en el siglo VIII representó la primera gran división dentro del cristianismo, dando como resultado una excomunión mutua. La reforma protestante en el siglo XVI dividió aún más a los cristianos entre sí. Cada grupo sectario alegaba que había recuperado la fe y la práctica auténticas de la Iglesia del Nuevo Testamento, relegando de esa forma a las versiones rivales del cristianismo a la condición de apostasía.

Además, aquellas iglesias protestantes que disfrutaban del monopolio territorial utilizaban las armas de la excomunión decretada religiosamente y la persecución auspiciada políticamente contra los pretendientes rivales al cristianismo auténtico. Dicha activa supresión política de la apostasía concluyó solo con el fin de las guerras religiosas y la promulgación de edictos de tolerancia. Todavía se imponían sanciones religiosas formales e informales, desde la excomunión y el desheredamiento, hasta la censura y el ostracismo.

Como demuestra este breve resumen, la condena de los apóstatas ha servido como una “estrategia de legitimación” para todas aquellas religiones en el pasado con pretensiones exclusivistas a ser la única religión que poseía las debidas creencias y prácticas religiosas. En los entornos nacionales y territoriales donde estaban fusionadas las lealtades políticas y religiosas, se imponían sanciones tanto legales como religiosas contra la apostasía. Al apóstata se le privaba de la ciudadanía, al igual que de la salvación. Como tal, el apóstata era considerado como un difusor de mentiras e inmoralidad que amenazaban la pureza de la comunidad religiosa y la estabilidad del orden político.

La apostasía se convirtió en un problema cada vez menor en el mundo moderno a medida que las tradiciones religiosas suavizaron sus afirmaciones dogmáticas y a medida que las sociedades seculares se separaron del respaldo religioso. La aceptación del pluralismo religioso y la privatización de la fe religiosa en este siglo liberó en gran medida a aquellos individuos que cambiaban su religión del oprobio legal y religioso del apóstata. Claro está que la iglesia católica romana todavía retiene el arma de la excomunión, los fundamentalistas protestantes denuncian los peligros de la herejía, y de vez en cuando las familias devotas pueden repudiar a los hijos que se casan fuera de su fe o que se convierten a otra religión. Pero estas sanciones no conllevan el peso público o privado de antes. Son gestos rituales de dogmáticos religiosos que han perdido su autoridad incuestionable en culturas pluralistas y secularistas.

IV. LA APOSTASÍA EN EL PRESENTE

En los últimos treinta años, la apostasía ha cobrado relevancia nuevamente en círculos tanto públicos como privados, aunque, como se señaló anteriormente, el trato que se le da al apóstata hoy en día se parece poco a la forma en que se trataba a los apóstatas en el pasado. Desde la década de 1960, una variedad de nuevos movimientos religiosos han aparecido en todas las sociedades modernas y democráticas. Muchos de estos movimientos religiosos minoritarios hacen exigencias “totalizadoras” a sus miembros, exigiendo un compromiso absoluto con sus enseñanzas religiosas y devoción total a su comunidad religiosa. Otras nuevas religiones no requieren la inmersión total de todos los miembros en su vida y misión comunales, pero todavía exigen una adherencia estricta a las normas doctrinales, éticas y rituales. Ciertamente, todas las nuevas religiones mantienen creencias y prácticas que están en desacuerdo con las religiones principales. Dadas estas exigencias rigurosas, no es sorprendente que algunos de los que ingresaron decidan al poco tiempo que un movimiento religioso en particular no les conviene, y lo abandonen. Su partida no suele advertirse, pues la mayoría de los individuos implicados contemplan positivamente su experiencia pasada como un paso más en su propia evolución espiritual.

Pero a diferencia de los anteriores, entre aquellos que abandonan voluntariamente, hay unos cuantos desertores que logran gran notoriedad atacando públicamente a sus antiguas asociaciones y actividades religiosas en la prensa y en los tribunales. Como fuentes de información bien acogidas por un público que siente tanto curiosidad como temor hacia estas nuevas religiones desconocidas, a menudo se trata a tales apóstatas como *causas célebres* en vez de parias sociales. Pero, como veremos más adelante, ni el antiguo miembro que agradece silenciosamente ni el apóstata de un nuevo movimiento religioso que expresa sus agravios públicamente puede considerarse como un intérprete objetivo y experto del movimiento religioso al cual pertenecía anteriormente.

IV.I. TIPOS DE PARTIDA

Existe, entre el público en general, un concepto erróneo y generalizado de que pocas partidas de los nuevos movimientos religiosos son experiencias voluntarias y positivas. La imagen de las nuevas religiones como grupos sumamente disciplinados que controlan los pensamientos y las acciones de sus miembros por medio de una variedad de técnicas de “control mental” está profundamente arraigada en la imaginación pública, gracias a la obsesión de los medios de comunicación por los relatos de horror de antiguos miembros y a la propaganda de los grupos anticulto. Incluso muchas de las primeras descripciones eruditas de los nuevos movimientos religiosos perpetuaban este concepto equivocado al basar sus estudios casi totalmente en apóstatas que fueron separados por la fuerza de sus asociaciones religiosas anteriores, bien por medio de una desprogramación coercitiva o una hospitalización involuntaria. Pero una variedad de estudios eruditos recientes (e.g., James A. Beckford, *Controversias de culto: la respuesta de la sociedad a los nuevos movimientos religiosos*, London: Tavistock Publications, 1985; Stuart A. Wright, *Abandono de cultos: las dinámicas de la deserción*, Washington, D. C: La sociedad para el estudio científico de la religión, 1987) han demostrado claramente que existen dos tipos muy diferentes de apostasía, los cuales, a su vez, pueden ser correlacionados con dos evaluaciones apóstatas muy diferentes sobre los nuevos movimientos religiosos.

Sólo una pequeña minoría de los abandonos de nuevos movimientos religiosos son resultado de una apostasía coaccionada. Los esfuerzos coactivos para “rescatar” a determinado individuo de un nuevo movimiento religiosos siempre son iniciados por personas ajenas. Los parientes que se oponen a la implicación de un individuo en una religión se enfrentan a un doble problema: por qué esa persona se unió y cómo se puede separar a esa persona de esa religión.

La primera pregunta se contesta típicamente con una explicación de “lavado de cerebro”, la cual, a su vez, justifica una solución de “desprogramación” al segundo problema. La situación del lavado de cerebro “explica” cómo un converso a una nueva religión llega a adoptar y defender lo que a la persona ajena le parecen unas creencias y prácticas tan absurdas. Al individuo en cuestión se le considera víctima de varias técnicas psicológicas y sociológicas de control mental. Dada esa circunstancia, el único medio de rescatar a esa persona es alguna forma dramática de intervención que liberará al individuo de tal servidumbre. El recurso al secuestro forzoso y la desprogramación o la custodia legal y la hospitalización se justifican como medios necesarios para salvar de sí mismos a los creyentes extraviados y manipulados de las nuevas religiones. De una forma u otra, las alegaciones de lavados de cerebro y justificaciones de desprogramación constituyen la base para todas esas “operaciones de rescate”.

Tales apóstatas coaccionados han ayudado a promover la controversia que rodea a los nuevos movimientos religiosos debido a su alta visibilidad en las revelaciones a los medios de

comunicación y los procesos legales contra sus antiguos asociados religiosos. Su disponibilidad como “supervientes de cultos” les convierte en un éxito de ventas para los medios de comunicación, ya que es a menudo la única información sobre los nuevos movimientos religiosos del que dispone el público en general. En esta etapa del proceso, la conexión lógica entre el lavado de cerebro y la desprogramación funciona a la inversa. El mero hecho de que el proceso de desprogramación “funciona” es considerado como prueba por las personas ajenas preocupadas, al igual que por algunos exmiembros, de que el escenario del lavado de cerebros es verdad. El cambio abrupto y radical en sus creencias y comportamiento ocasionado por la desprogramación es considerado como prueba fehaciente de que el individuo rescatado de hecho era víctima y hasta prisionero de una religión malévola. Es más, el hecho de que “recuperaran a su ser querido” motiva a los parientes a ayudar a otros a que “recuperen a sus hijos” dando a conocer su testimonio públicamente y apoyando a las organizaciones anticulto que los apoyaron a ellos. De esta forma, un pequeño porcentaje de apóstatas y sus “rescatadores” han formado (o, dicho más propiamente, deformado) la percepción del público sobre todos los desertores de los nuevos movimientos religiosos.

Contrariamente a la opinión pública, la mayoría abrumadora de las deserciones de los nuevos movimientos religiosos son una cuestión de apostasía voluntaria. Es más, la clara mayoría de los que abandonan por su propia voluntad hablarán positivamente acerca de ciertos aspectos de su pasada experiencia. Mientras reconocen sin reparos las formas en las cuales un determinado movimiento religioso fracasó en satisfacer sus expectativas y necesidades espirituales personales, muchos desertores voluntarios han encontrado formas de recuperar algunos valores redentores de sus asociaciones y actividades religiosas anteriores.

Pero hay algunos apóstatas voluntarios de los nuevos movimientos religiosos que los abandonan sumamente amargados y profundamente críticos con sus anteriores asociaciones y actividades religiosas. La dinámica de la separación de un grupo religioso al cual se quiso antes, es análoga a una separación matrimonial y un divorcio amargos. Tanto el matrimonio como la religión requieren un grado significativo de compromiso. Cuanto mayor sea la participación, más traumática es la separación. Cuanto más largo sea el compromiso, más apremiante es la necesidad de culpar al otro por la fallida relación. Los miembros que han participado activamente y durante un largo tiempo en nuevos movimientos religiosos y que finalmente se desilusionan de su religión, a menudo le echan toda la culpa a sus asociaciones y actividades religiosas anteriores. Agigantan pequeñas fallas hasta males enormes. Transforman desilusiones personales en traiciones dolosas. Incluso llegan a decir mentiras increíbles para hacerle daño a su anterior religión. No es sorprendente que estos apóstatas a menudo apelen, después del hecho, a las mismas situaciones de lavado de cerebro que suelen invocarse para justificar la separación forzosa de los nuevos movimientos religiosos.

IV.II. TÁCTICAS DE REINGRESO

La separación de anteriores asociaciones y actividades religiosas es solo la mitad del proceso de renunciar a la fe de uno en un nuevo movimiento religioso. El apóstata, ya sea voluntario o coaccionado, se enfrenta a las tareas más formidables de regresar a la cultura dominante y de redefinir una nueva identidad y visión global. El reingreso muy pocas veces significa simplemente regresar al estilo de vida y la visión global que uno tenía antes de unirse a un nuevo movimiento religioso. El hijo o hija “pródigo(a)” regresa como una persona diferente, trayendo consigo un conjunto completo de experiencias que deben explicarse e integrarse de alguna forma en una nueva situación psicológica y social. Esta transición a menudo es influenciada por sistemas de familia, redes sociales, grupos religiosos, instituciones educativas y organizaciones anticulto. No sorprende que la influencia de estos grupos afecte de modo profundo la interpretación del apóstata sobre sus pasadas actividades y asociaciones religiosas.

Sin importar la forma en que abandonan, los apóstatas deben tomar en cuenta tanto su conversión inicial y su separación subsecuente de un movimiento religioso no tradicional. A menudo reciben la autojustificación que buscan de las organizaciones anticulto o de grupos religiosos fundamentalistas, los cuales les proveen la explicación del lavado de cerebro para racionalizar su súbita adhesión, e igualmente su súbito abandono de un nuevo movimiento religioso. La información suministrada por estos grupos es por lo general sumamente negativa y altamente parcial en contra de la organización que dejaron atrás. Más precisamente, estos grupos les proporcionan una *lengua franca* para contar sus relatos de seducción y liberación. Numerosos científicos sociales han señalado que estas biografías de “supervivencia de cultos” son relatos altamente estilizados que ponen de manifiesto la influencia de escenarios tomados en préstamo de cautiverio y liberación; cada relato es un cuento ensayado de aislamiento social, manipulación emocional, privación física, explotación económica y control hipnótico. Estos “cuentos de atrocidades” sirven tanto para perdonar al individuo apóstata, como para acusar a la nueva religión de creencias irracionales y comportamiento inmoral. También alimentan y forman las percepciones del público sobre las nuevas religiones como amenazas peligrosas a la libertad religiosa y al orden civil. Dada esta prensa negativa, hasta aquellos apóstatas que no caen bajo la influencia directa de las organizaciones anticulto o los grupos religiosos fundamentalistas a menudo se ven influidos por sus descripciones negativas de la religión que dejaron atrás.

V.

CONCLUSIONES

El análisis anterior muestra claramente que si bien hay cierta incidencia de apostasía en los nuevos movimientos religiosos, la mayoría abrumadora de las personas que se separan de estas

religiones no conformistas no guardan ningún rencor duradero hacia sus pasadas asociaciones y actividades religiosas. Si bien reconocen abiertamente las formas en que se defraudaron sus necesidades y esperanzas religiosas, lograron obtener algún significado y valor positivo de sus experiencias pasadas. Por contraste, existe un número mucho más pequeño de apóstatas, quienes están muy comprometidos en desacreditar e incluso destruir a las comunidades religiosas a las cuales le brindaron su lealtad en una ocasión. En la mayoría de los casos, a estos apóstatas o bien se les separó forzosamente de su comunidad religiosa por medio de la intervención de miembros de su familia o grupos anticulto, o bien cayeron bajo la influencia de grupos y literatura anticulto poco después de su propia defección voluntaria de un nuevo grupo religioso.

Es absolutamente innegable que estos oponentes dedicados e intransigentes de las nuevas religiones presentan una visión tergiversada de las nuevas religiones al público, la comunidad académica, y los tribunales en virtud de su pronta disponibilidad y entusiasmo por testificar en contra de sus asociaciones y actividades religiosas anteriores. Tales apóstatas siempre representan el papel en un escenario que los justifica al transferir la responsabilidad de sus acciones al grupo religioso. De hecho, los diversos escenarios de lavado de cerebro, invocados tan a menudo contra los nuevos movimientos religiosos, han sido repudiados de forma abrumadora por los científicos sociales y los eruditos de la religión como nada más que esfuerzos calculados de desacreditar las creencias y prácticas de las religiones no convencionales ante las agencias gubernamentales y la opinión pública. Tales apóstatas apenas pueden considerarse como informadores fiables por periodistas, eruditos o juristas responsables. Incluso los relatos de desertores voluntarios que no guardan rencor alguno deben utilizarse con cuidado, puesto que interpretan su pasada experiencia religiosa a la luz de sus esfuerzos actuales por restaurar su propia identidad y amor propio.

En resumen, ante tal panorama, los apóstatas de las nuevas religiones *no* satisfacen las normas de objetividad personal, competencia profesional y comprensión informada requeridas por testigos expertos.

LONNIE D. KLIEVER
Dallas, Texas
24 de enero de 1995

